

Inquietud de Moteuczoma. Su primera embajada, y regalo a Cortés.

Facil es de imaginarse la gran inquietud y perplegidad en que pondrian a Moteuczoma aquellas noticias, y los pormenores que supo acerca del caracter de aquellos estrangeros, del impetu de sus caballos, y de la violencia destructora de sus armas. Como dado a la supersticion mandó consultar inmediatamente a sus dioses, sobre la pretension de los estrangeros, y la respuesta fue, segun dicen, que no los admitiese jamas en su capital. Proviniese este oraculo del demonio, como algunos autores creen, el cual procuraba cerrar la entrada al Evangelio, o de los sacerdotes, como yo pienso, en su interes propio, y en el de toda la nacion, lo cierto es que Moteuczoma se decidió desde entonces a no recibir a los Españoles: mas para proceder con acierto, y de un modo conforme a su caracter, les mandó una embajada, con un regalo ciertamente digno de su regia magnificencia. El embajador fue un gran personaje de su corte, mui semejante, tanto en la estatura como en las facciones al general Español, segun lo asegura un testigo ocular*. Apenas habian pasado siete dias de la despedida de Teuhtile, cuando volvió acompañado de este sugeto, y de mas de cien hombres de carga, que traian el regalo†. Cuando se halló el embajador en presencia de Cortés, tocó con la mano el suelo, y despues la llevó a la boca, segun el uso de aquellas gentes, incensó al general‡ y a los otros oficiales, que estaban a su

* Bernal Diaz del Castillo.

† Bernal Diaz llama a este embajador *Quintalbor*: mas este nombre no es ni pudo ser Megicano. Robertson dice que los mismos oficiales que hasta entonces habian tratado con Cortés, fueron los encargados de la respuesta del rei, sin hacer mencion del embajador: pero tanto Bernal Diaz del Castillo, como otros historiadores Españoles, afirman lo que refiero. Solis, en vista del corto intervalo de siete dias, y de la distancia de setenta leguas entre aquel puerto y la capital, no quiso creer que fuese entonces un embajador a ver a Cortés: pero habiendo dicho poco antes que las postas Megicanas eran mas diligentes que las de Europa, no es de estrañar que llevasen en poco mas de un dia la noticia de la llegada de los Españoles, y que en cuatro o cinco dias hiciese el viage el embajador, en litera, y a hombros de los mismos correos, como muchas veces se hacia. Pues el hecho no es inverosimil, debemos creer a Bernal Diaz, testigo ocular, y sincero.

‡ Este acto de incensar a los Españoles, aunque no fuese mas que un obsequio puramente civil, y el nombre de *teteuctin* (señores) con que los llamaban, y que es el algo semejante al de *teteo* (Dios) les hicieron creer que los Megicanos los creian seres superiores a la humanidad.

lado, lo saludó respetuosamente, y sentandose en un asiento que le presentó Cortés, pronunció su arenga, que se redujo a felicitarlo por su llegada, en nombre del rei, a manifestar el placer que Su Magestad habia tenido al saber que habian llegado a sus dominios hombres tan valientes, y al oír las noticias que le traian de tan gran monarca; mostrandole al mismo tiempo su agradecimiento por el regalo que le habia hecho; y en prueba de su aprecio le enviaba otro. Dicho esto mandó estender por el suelo unas esteras finas de palma, y telas de algodón, sobre las cuales se colocó en buen orden y simetria todo el presente. Este consistia en muchos obgetos de oro, y plata, aun mas preciosos por su maravilloso artificio, que por el valor de su materia, entre los cuales habia algunos con piedras preciosas, y otros representaban figuras de leones, tigres, monos, y otros animales; en treinta cargas de telas finisimas de algodón, de varios colores, y en parte tegidas de hermosas plumas; en muchos exelentes trabajos de plumas, con adornos de oro, y en la celada llena de este metal en polvo, como la habia pedido Cortés, la cual importaba mil y quinientos pesos: pero lo mas admirable de todo eran dos grandes laminas, hechas en figura de ruedas, una de oro, y otra de plata. La de oro representaba el siglo Megicano, y en medio tenia la imagen del sol, y en rededor otras de bajo relieve. Su circunferencia era de treinta palmos Tole-danos, y su valor de diez mil pesos*. La de plata, en que estaba figurado el año Megicano, era aun de mayores dimensiones, y tenia en medio la imagen de la luna, y otras al rededor, tambien de bajo relieve. Los Españoles quedaron no menos maravillados que contentos al ver tanta riqueza. “Este regalo, añadió el embajador, hablando con Cortés, es el que mi soberano envia para vos, y para vuestros compañeros, pues para vuestro rei os dirigira en breve ciertas joyas de inestimable valor. Entre tanto podreis deteneros todo el tiempo que gustéis en estas playas, para reposaros de las fatigas de vuestro viage, y para proveeros de cuanto necesiteis antes de regresar a vuestra patria. Si alguna otra cosa quereis de esta tierra para vuestro monarca, pronto os sera franqueada: pero por lo que respeta a vuestra solicitud de pasar a la corte, estoi encargado de disuadiros de tan difícil y peligroso viage, pues seria necesario caminar por asperos desiertos, y por paises de enemigos.” Cortés recibió el presente con las mayores espresiones de gratitud a la real beneficencia, y corres-

* Varian considerablemente los autores acerca del valor de estas alajas, pero yo doí mayor credito a Bernal Diaz, que lo sabia bien como que debió tener parte en el regalo.

pondio a ella como pudo: pero lejos de desistir de su pretension, suplicó al embajador que hiciese ver al rei los males, y peligros que habia padecido en tan larga navegacion, y el disgusto que tendria su soberano al ver frustradas sus esperanzas; que por lo demas, los Españoles eran de tal condicion, que ni las fatigas, ni los peligros eran capaces de apartarlos de sus empresas. El embajador prometio decir al rei lo que Cortés le encargaba, y se despidio cortesmente con Teuhtlile, quedando Cuitlalpítoc con gran numero de Megicanos, en un caserío, que habian formado de cabañas, poco distante del campo de los Españoles.

Bien conocia Cortés en medio de tanta prosperidad, que no podia subsistir largo tiempo en aquel sitio: pues ademas de la incomodidad del calor, y de la importunidad de los mosquitos, que abundan en demasia en toda aquella playa, temia que ocasionase algun daño a sus naves la violencia del Norte, a que está mui espuesto aquel puerto: por lo que despachó dos buques, al mando del capitan Montejo, a fin de que costeano acia Panuco, buscase un puerto mas seguro. Volvio aquella espedicion al cabo de pocos dias, con la noticia de haber hallado a treinta y seis millas de Ulua un puerto, proximo a una ciudad edificada en una posicion fuerte.

Regalo de Moteuczoma para el rei Catolico.

Entretanto volvio Teuhtlile al campo de los Españoles, y llamando a parte a Cortés con los interpretes, le dijo que su señor Moteuczoma habia agradecido los regalos que le habia enviado; que el que aquel soberano le remitia entonces era para el gran rei de España; que le deseaba muchas felicidades; pero que no le enviase nuevos mensajes, ni se tratase mas del viage a la capital. El presente para el rei Catolico se componia de muchas alajas de oro, que importaban mil y quinientos pesos, de diez cargas de trabajos curiosisimos de pluma, y de cuatro joyas tan estimadas por los Megicanos, que segun afirmó el mismo Teuhtlile cada una de ellas valia cuatro cargas de oro. Pensaba aquel mal aconsejado rei que con su liberalidad obligaria a los Españoles a dejar aquellos paises, sin echar de ver que el amor del oro es un fuego que tanto mas se inflama, cuanto mas abundante es el alimento que se le echa. Mucho sintio Cortés la repulsa de Moteuczoma, pero no desistio de su pensamiento, pues el aliciente de la riqueza exitaba mas y mas la natural constancia de su animo.

Observó Teuhtlile antes de despedirse, que los Españoles al oír los toques de la campana del Ave Maria, se arrodillaban delante de una

cruz, y lleno de admiracion preguntó por qué adoraban aquel leño. De allí tomó ocasion el P. Olmedo para declararle los principales artículos de la fe Cristiana, y para echarle en cara el culto abominable de sus idolos, y la inhumanidad de sus sacrificios: mas este discurso era de un todo inutil, pues aun no habia llegado para aquellos pueblos el tiempo de la santificacion.

Al dia siguiente se hallaron los Españoles tan abandonados por los Megicanos, que ni uno solo se dejaba ver en toda aquella playa: efecto de la orden dada por el rei de retirar del campo de aquellos extranjeros la gente destinada a su servicio, y las provisiones, si persistian en su temeraria resolucion. Esta inesperada novedad ocasionó gran consternacion entre los Españoles, porque a cada momento temian que se desplomase sobre su miserable campamento todo el poder de aquel vasto imperio: por lo que Cortés mandó asegurar los viveres en los barcos, y poner la tropa sobre las armas. No hai duda que tanto en esta como en otras muchas ocasiones, que aparecieran en el curso de esta historia, pudo facilmente Moteuczoma desbaratar aquellos pocos extranjeros, que despues debian hacerle tanto daño: pero Dios los conservaba a fin de que fuesen instrumentos de su justicia, sirviendose de sus armas para castigar la supersticion, la crueldad, y otros delitos con que aquellas naciones habian provocado su ira. No trato de justificar el intento, ni la conducta de los conquistadores, pero tampoco puedo dejar de conocer en la serie de la conquista, y en despecho de la incredulidad, la mano de Dios, que iba preparando la ruina de aquel imperio, y se valia de los mismos desaciertos de los hombres para los altos designios de su Providencia.

Embajada del Señor de Cempoala y sus consecuencias.

En este mismo dia, de tanta consternacion para los Españoles, tubieron sin embargo un testimonio de la proteccion Divina. Dos soldados que hacian la guardia fuera del campo, vieron venir acia ellos cinco hombres, algo diferentes de los Megicanos en sus trages, y adornos, los cuales, conducidos a presencia del general Español, digeron en Megicano (por no haber allí quien entendiase su idioma) que eran de la nacion Totonaca, y enviados por el señor de Cempoala, ciudad distante veinte y cuatro millas de aquel punto, para saludar a aquellos extranjeros, y para rogarles pasasen a aquel pueblo, donde serian bien recibidos, añadiendo que no habian venido antes

por miedo de los Megicanos. Era el señor de Cempoala uno de aquellos feudatarios que vivian impacientes del yugo de Moteuczoma. Informado de la victoria obtenida por los Españoles en Tabasco, y de su llegada al puerto en que entonces residian, le pareció aquella una ocasion favorable de recobrar su independenciam, con el auxilio de tan animosos guerreros. Cortés, que nada deseaba tanto como una alianza de aquella especie para aumentar sus fuerzas, despues de haber tomado menudos informes acerca del estado y de la condicion de los Totonagues, y de los daños que sufrían por la prepotencia de los Megicanos, respondió dando gracias al Cempoales por su cortesía, y prometiéndole hacerle una visita sin tardanza.

En efecto, inmediatamente publicó su salida para Cempoala: mas antes le fue preciso vencer los ostaculos que halló en sus mismas tropas. Algunos parciales del gobernador de Cuba, cansados de las incomodidades que habian sufrido, atemorizados por los peligros que presagiaban, y deseosos del descanso, y de las holguras de sus casas, rogaron energicamente al general que volviese a Cuba, exagerando la escasez de viveres, la temeridad de tamaña empresa, como era la de oponer tan pequeño numero de soldados a todas las fuerzas del rei de Megico, especialmente despues de haber perdido en aquellos arenales treinta y cinco hombres, parte de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Tabasco, parte por el aire insalubre de la playa. Cortés, ya con dones, ya con promesas, ya con un poco de rigor oportunamente aplicado, y con otros medios inventados por su raro ingenio, manejó tan bien los animos, que no solo aquietó a los descontentos, sino que logró que se decidiesen gustosos a permanecer en aquel delicioso pais; y adelantandose ademas en sus negociaciones, obtuvo que el egercito, en nombre del rei, y con entera independenciam del gobernador de Cuba, lo confirmase en el mando supremo tanto politico como militar, y que para los gastos que habia hecho, y que despues hiciese en la espedicion, se le adjudicase desde entonces en adelante el quinto del oro que se adquiriese, sacada antes la parte que al rei pertenecia. Despues creó las magistraturas, y los otros cargos publicos necesarios para una colonia que intentaba establecer en aquellas costas.

Habiendo superado estos ostaculos, y tomado las medidas convenientes para la egecucion de sus vastos designios, se puso en camino con sus tropas. Su intento no era tan solo buscar aliados, y proporcionar a su gente algun alivio a los males que habian sufrido, sino

tambien escoger un buen sitio para la fundacion de la colonia, por estar Cempoala en el camino de Quiahuitzla*, en cuyo distrito estaba el puerto descubierta por el capitán Montejo. El egercito, con una parte de la artilleria, marchó en buen orden acia Cempoala, y apercebido a la defensa, en caso de ser atacado por los Totonagues, de cuya buena fe no estaban seguros, o por los Megicanos, a quienes suponian ofendidos por su resolucion: disposiciones que ningun buen general juzgará inútiles, y que nunca descuidó Cortés, ni aun en los tiempos de su mayor prosperidad, pues siempre son utiles para mantener la disciplina militar, y casi siempre necesarias a la seguridad propia. Los buques se dirigieron por la costa al puerto de Quiahuitzla.

Tres millas antes de llegar a Cempoala, salieron al encuentro de Cortés veinte sugetos de distincion de Cempoala, le presentaron un refresco de piñas, y de otras frutas del pais, lo saludaron a nombre de su señor, y lo escusaron de no haber venido en persona, por impedirselo sus dolencias. Entraron en la ciudad en orden de batalla, temiendo alguna traicion de los habitantes. Un soldado de caballeria que se adelantó hasta la plaza mayor, habiendo visto un bastion del palacio, que por estar recién-blancueado, y bruñido, resplandecia a los rayos del sol, creyó que aquel edificio era de plata, y volvió a toda brida, a dar tan buena noticia al general. Semejantes engaños son demasiado frecuentes en aquellos que tienen la mente ofuscada por la pasion. Marcharon los Españoles por las calles, no menos alegres que maravillados al ver aquella ciudad, la mayor que hasta entonces habian visto en el Nuevo Mundo, tanto numero de gente, y tan hermosos huertos, y jardines. Algunos, por su tamaño, la llamaron Sevilla, y otros, por su amenidad, Villa Viciosa†.

Cuando llegaron al templo mayor, salió a recibirlos a la puerta del atrio, el señor de aquel estado, que aunque casi incapaz de movimiento, a causa de su desmesurada gordura, era hombre habil, y de buen

* Solís y Robertson dan a este puerto el nombre de *Quiabistan* que ni es ni puede ser Megicano.

† No puede dudarse de la antigua grandeza de Cempoala, si se atiende al testimonio de los que la vieron, y a la estension de sus ruinas: mas no debe hacerse caso del computo de Torquemada, que unas veces le da 25,000 habitantes, otras 50,000, y hasta 150,000 en el indice del primer tomo. A Cempoala sucedio lo mismo que a otras ciudades del Nuevo Mundo; a saber que con las enfermedades, y los otros desastres del siglo xvi, fue disminuyendose hasta despoblarse de un todo.

ingenio. Despues de haber saludado e incensado a Cortés segun el uso del pais, pidio venia para retirarse, prometiendo volver cuando todos hubiesen descansado de las fatigas del viage. Alojó a toda la tropa en unos grandes, y hermosos edificios que habia en lo interior del templo, que quizas serian la residencia habitual de los sacerdotes, o estarian destinados para albergue de los forasteros, como los habia en el recinto del templo mayor de Megico. Allí fueron bien tratados, y provistos de cuanto necesitaban, a espensas de aquel caudillo, el cual volvio a verlos despues de comer, en una silla portatil o litera, y acompañado de muchos nobles. En la conferencia secreta que tubo con Cortés, ponderó este general por medio de sus interpretes, la grandeza y poder de su soberano, que lo habia enviado a aquellos paises, encargandole muchas comisiones importantes, y entre ellas la de dar auxilio a la inocencia oprimida. “ Por tanto, añadió, si puedo serviros en algo con mi persona, o con mis tropas, decidmelo, y lo haré de buena voluntad.” Al oír el Cempoales esta ofertá, introducida con mucha destreza en la conversacion, lanzó un profundo suspiro, al que siguió una lamentacion amarga sobre las desventuras de su pueblo. Dijo que habiendo sido libres los Totonagues, desde tiempo inmemorial, y regidos por señores de su propia nacion, hacia pocos años que se hallaban oprimidos por el yugo de los Megicanos; que estos, por el contrario, de humildes principios, se habian alzado a tanta grandeza, por su estrecha, y constante alianza con los reyes de Acolhuacan, y de Tlacopan, que se habian hecho señores de toda aquella tierra; que su poder era desmesurado, y su tirania igual a su poder; que el rei de Megico se apoderaba del oro de sus subditos, y los recaudadores de los tributos requerian sus hijas para violarlas, y sus hijos para sacrificarlos; ademas de otras inauditas vejaciones. Cortés mostró compadecerse de sus desgracias, y se ofreció a darle auxilios, dejando para otra ocasion el tratar sobre el modo de verificalo, porque por entonces le urgía pasar a Quiahuitztlá, para informarse del estado de sus buques. En esta visita le hizo el Cempoales un regalo de alajas de oro, que importó segun dicen algunos autores, cerca de mil pesos.

Al dia siguiente se presentaron a Cortés cuatrocientos hombres de carga, que le enviaba aquel señor para transportar su bagage, y entonces supo por Doña Marina el uso de aquellas naciones, de suministrar espontaneamente, y sin interes aquel modo de conduccion, a las personas de consideracion que transitaban por sus pueblos.

Prision de cinco Ministros.

De Cempoala pasaron los Españoles a Quiahuitztlá, pequeña ciudad colocada sobre un monte aspero, y peñascoso, a poco mas de doce millas de Cempoala, acia el Norte, y a tres del nuevo puerto. Allí tubo Cortés otra conferencia con el señor de aquel estado, y con el de Cempoala, que con este obgeto se hizo llevar a aquel punto. En tanto que discurrían sobre los negocios de la independencía, llegaron con gran sequito cinco nobles Megicanos, recaudadores de los tributos regios, mostrandose estraordinariamente colericos contra los Totonagues por haber osado admitir aquellos estrañeros, sin aguardar el beneplacito del monarca, y exigiendo victimas humanas, para sacrificarlas a los dioses en espiacion de tanto delito. Turbose toda la ciudad con aquella nueva, y especialmente los dos señores, que se reconocian mas culpables. Cortés, informado por Doña Marina de la causa de su consternacion, imaginó un modo estraordinario de salir de aquel aprieto. Sugirió pues a los dos señores el atrevido consejo de apoderarse de los recaudadores, y ponerlos en la carcel, y aunque al principio se negaron a hacerlo, pareciendoles un atentado tan temerario como peligroso, cedieron finalmente a sus instancias. Fueron pues encarcelados en las jaulas aquellos cinco personajes que habian entrado tan orgullosos en la ciudad, y con tanto desprecio de los Españoles, que ni siquiera se dignaron mirarlos cuando pasaron por delante de ellos.

Apenas dieron aquel primer paso los Totonagues, cuando reanimado su valor, se adelantaron hasta el exeso de querer sacrificar aquella misma noche a los Megicanos: pero los disuadió Cortés, el cual habiendose conciliado con aquella medida el amor, y el respeto de los Totonagues, quiso captarse el agradecimiento de los Megicanos, con la libertad de sus compatriotas. Esta conducta artificiosa y doble, daba sin duda muestras de su gran ingenio: mas solo podran alabarla aquellos cortesanos, cuya politica se reduce al arte de engañar a los hombres, y que, no haciendo caso de lo justo, solo buscan lo util en sus operaciones. Cortés pues dio orden a sus guardias de sacar por la noche de las jaulas a dos de los Megicanos, y de conducirlos cautelosamente a su presencia, sin que lo echasen de ver los Totonagues. Así se egecutó, y los Megicanos quedaron tan reconocidos al general Español, que le hicieron mil demostraciones de gratitud, y le aconsejaron que no se fiase de sus barbaros, y perfidos huespedes. Cortés les encargó que manifestasen a su soberano cuanto lo habia afligido el

atentado cometido por aquellos montañeses contra sus ministros, asegurándole al mismo tiempo que pondría a los otros tres en libertad, como con ellos había hecho. Ellos marcharon inmediatamente para su capital, conducidos por los Españoles en una barca, hasta mas allá de los límites de aquella provincia, y Cortés al día siguiente se mostró muy encolerizado contra sus guardias, por el descuido que habían tenido de dejar escapar a aquellos prisioneros. Añadió que para que no sucediese lo mismo con los otros, quería ponerlos en prision mas estrecha, y para hacerlo creer así, los mandó conducir encadenados a sus buques: y de allí a poco los puso en libertad, como a los dos primeros.

Confederacion de los Totonacos con los Españoles.

Hizo inmediatamente correr la voz por todas aquellas montañas, que los habitantes eran libres del tributo que pagaban al rei de Megico, y que si llegaban otros recaudadores, se lo hiciesen saber, para apoderarse de ellos. Con esta noticia se despertó en toda la nacion la dulce esperanza de la libertad, y empezaron a venir a Quiahuitztlá otros muchos señores, no menos para dar gracias a su pretendido libertador, que para deliberar sobre los medios de asegurar su independencia. Algunos, que aun no habían arrojado de sus animos el miedo de los Megicanos, eran de dictamen que se pidiese perdón al rei por el atentado cometido con sus ministros: mas prevaleció, por sugestion de Cortés, y de los dos señores de Cempoala, y Quiahuitztlá, la opinion opuesta, de sustraerse al tiránico dominio de Moteuczoma, con el auxilio de aquellos valientes extranjeros, ofreciéndose a poner un ejército formidable bajo las ordenes del general Español.

Cortés, despues de haberse asegurado suficientemente de la sinceridad de los Totonacos, e informándose de sus fuerzas, se valió de aquel momento favorable, para inducir aquella numerosa nacion a prestar obediencia al rei Católico. Celebróse este acto con intervencion del notario del ejército, y con todas las otras formalidades legales.

Fundacion de la Vera Cruz.

Concluido felizmente aquel gran negocio, se despidió Cortés de aquellos señores para ir a poner en egecucion un proyecto de suma importancia que había formado poco antes, y era el de fundar en aquella costa una colonia fuerte, que pudiera servir a los Españoles de refugio en sus desgracias, de punto de apoyo para mantener a los Toto-

naques en la fidelidad jurada, de escala para las nuevas tropas que viniesen de España o de las islas Antillas, y de almacén y depósito de los efectos que les enviasen los naturales de aquellos países, o que pudieran recibir de Europa. Fundóse en efecto la colonia en el país mismo de los Totonacos, en una llanura situada al pie del monte Quiahuitztlá, a doce millas al Norte de Cempoala, y cerca del nuevo puerto*. Llamaronla Villa Rica de la Vera Cruz, por las muestras de riquezas que habían visto, y por haber desembarcado en Viernes Santo, y aquella fue la primera colonia de los Españoles en el continente de la América Septentrional. Cortés fue el primero que echó mano a la obra para estimular a los otros con su ejemplo, y con el auxilio de los Totonacos se construyó en breve un número suficiente de casas, y una pequeña fortaleza capaz de hacer alguna resistencia a los Megicanos.

Nueva embajada y regalo de Moteuczoma.

Entretanto habían llegado a Megico aquellos dos recaudadores, que Cortés puso en libertad, y dado noticia a Moteuczoma de todo lo que había ocurrido, elogiando altamente al general Español. Moteuczoma, que ya estaba decidido a enviar un ejército, para castigar la insolente temeridad de los extranjeros, y arrojarlos de sus dominios, se detuvo con aquella noticia, y agradecido a los servicios que aquel general había hecho a sus ministros, le envió dos príncipes sobrinos suyos (hijos quizás de su hermano Cuitlahuatzin) acompañados de muchos nobles, y servidumbre, y con un regalo de alajas de oro que importaban mas de dos mil pesos. Dieron gracias a Cortés en nombre del rei, y juntamente se le quejaron de haber hecho amistad con los rebeldes Totonacos: por lo que esta nacion había tenido la insolencia de negar el tributo que debía a su soberano. Añadieron que solo por respeto a

* Casi todos los historiadores se engañan acerca de la fundacion de la Vera Cruz, pues dicen que la primera colonia de los Españoles fue la Antigua, fundada sobre el rio del mismo nombre, y creen que no ha habido mas que dos ciudades con el nombre de Vera Cruz, esto es, la antigua, y la moderna edificada en el mismo arenal en que desembarcó Cortés: pero no hai duda que ha habido tres con el mismo nombre. La primera fundada en 1519 cerca del puerto de Quiahuitztlá, que conservó despues el nombre de Villa Rica; la segunda, la antigua Vera Cruz, fundada en 1523, o 1524, y la tercera, la nueva Vera Cruz, que hoy conserva este segundo nombre, y fue fundada por orden del conde de Monterey, virrei de Megico, a fines del siglo XVI o principios del XVII, y recibió de Felipe III, el título de ciudad en 1615.

tales huéspedes no había venido ya un ejército a castigar la rebelión de aquellos pueblos; pero que al fin no quedarían impunes. Cortés, después de haber significado con las expresiones más convenientes su gratitud, procuró defenderse de la acusación sobre la amistad de los Totonacos, alegando la necesidad en que se había visto de buscar viveres para sus tropas, por haber sido abandonado por los Megicanos. Dijo además que por lo que respetaba al tributo, no era posible que aquella nación sirviese juntamente a dos señores; que él esperaba pasar en breve a la corte para satisfacer más completamente al rey, y hacerle ver la sinceridad de su conducta. Los dos príncipes, después de haber visto con gran placer y admiración el ejercicio militar de la caballería Española, regresaron a la capital.

Destrucción de los ídolos de Cempoala.

El señor de Cempoala, a quien había desagradado mucho la última embajada de los Megicanos, para estrechar más y más su alianza con los Españoles, presentó a Cortés ocho doncellas bien vestidas, a fin de que se casasen con los capitanes, y entre ellas había una sobrina suya que destinaba al mismo general. Cortés, que había hablado muchas veces con él sobre la religión, le respondió que no podía aceptarlas, si antes no renunciaban a la idolatría, y abrazaban el Cristianismo; y de aquí tomó ocasión para explicarle de nuevo las puras, y santas verdades de nuestra religión, y declamó con la mayor energía contra el culto de aquellos falsos numenes, y especialmente contra la horrenda crueldad de sus sacrificios. A tan fervorosa exortación respondió el Cempoales, que aunque apreciaba altamente su amistad, no podía complacerlo en abandonar el culto de sus dioses, de cuyas manos recibían aquellos pueblos la salud, la abundancia, y todos los bienes que poseían, y de cuya cólera, provocada por su ingratitude, debían temer los más severos castigos. Inflamóse más con esta respuesta el celo de Cortés, y volviéndose a sus soldados, les dijo: “Vamos, Españoles: ¿qué aguardamos? ¿Como podemos sufrir que estos, que se jactan de ser nuestros amigos, den a los estatuas e imágenes abominables del demonio el culto que se debe a nuestro único, y verdadero Dios? ¿Como permitimos que diariamente, y a nuestra vista les sacrifiquen víctimas humanas? Animo, soldados: ahora es ocasión de manifestar que somos Españoles, y que hemos heredado de nuestros abuelos el celo ardiente en favor de nuestra religión. Destrochemos sus ídolos, y

quitemos de la vista de estos infieles ese perverso fomento de su superstición. Si así lo conseguimos haremos un gran servicio a Dios. Si morimos en la empresa, él nos recompensará con la gloria eterna el sacrificio que le haremos de nuestras vidas.”

El Cempoales, que en el semblante de Cortés, y en los movimientos de los soldados descubría claramente su intento, hizo señal a su gente que se apercibiese a la defensa de sus dioses. Empezaban ya los Españoles a subir por las escaleras del templo, cuando los Cempoaleses, atónitos e indignados, gritaron que se guardasen de cometer aquella tropelia, si no querían que se desplomase sobre ellos toda la cólera de los numenes. No siendo Cortés capaz de intimidarse con sus amenazas, les respondió que ya muchas veces los había amonestado que dejasen aquella infame superstición: que pues no habían querido tomar un consejo tan provechoso, tampoco quería él conservar por más tiempo su amistad; que si los mismos Totonacos no se decidían a quitar de enmedio aquellos abominables simulacros, él con su gente los haría pedazos; y por último que se guardasen de cometer la menor hostilidad contra los Españoles, por que inmediatamente los atacarían ellos con tanto furor que ni uno solo dejarían con vida. A estas amenazas añadió Doña Marina otra más eficaz: a saber, que si querían oponerse al intento de aquellos extranjeros, en vez de aliarse con los Totonacos contra los Megicanos, se unirían con los Megicanos contra los Totonacos, y en este caso sería inevitable su ruina. Esta razón entibió el primer ardor del celo del jefe Cempoales, y siendo más poderoso en su ánimo el miedo de los Megicanos que el de sus dioses, dijo a Cortés que hiciese lo que le agradase pues él no tenía bastante valor para poner sacrilegamente las manos en los simulacros de sus divinidades. Apenas tuvieron el permiso los Españoles, cuando cincuenta soldados, subiendo apresuradamente a la parte superior del templo, arrebataron los ídolos de los altares, y los arrojaron por las escaleras. Los Totonacos entretanto, llorando a lágrima viva, y cubriéndose los ojos por no ver aquella profanación, rogaban con voz doliente a sus dioses que no castigasen en la nación la temeridad de aquellos extranjeros; pues ellos no podían impedirlo, sin ser sacrificados al furor de los Megicanos. Sin embargo, algunos, o menos cobardes, o más celosos del honor de sus numenes, se disponían a tomar venganza de los Españoles, y hubieran venido a las manos, si estos no se hubieran apoderado del señor Cempoales, y de cinco de los principales sacerdotes, y amenazándoles con la muerte, no los hubieran obligado a comprimir el ímpetu de sus compatriotas.

Después de una acción tan osada, en la que no tubo parte la prudencia, mandó Cortés a los sacerdotes que quitasen de su vista, y arrojasen al fuego los fragmentos de los idolos. Fué prontamente obedecido, y lleno entonces de júbilo, como si al aniquilar los idolos, hubiera destruido la idolatria, y estirpado en aquellos pueblos la superstición, dijo al señor de Cempoala que aceptaba de buena voluntad las ocho doncellas que le ofrecia; que de entonces en adelante miraria a los Totonagues como sus amigos, y hermanos, y que en todas sus necesidades los ayudaria contra sus enemigos; que pues ya no debian ser adoradas aquellas detestables imagenes del demonio, queria colocar en el mismo templo la de la madre del verdadero Dios, afin de que la reverenciasen, e implorasen su proteccion. Entró en seguida en un largo razonamiento sobre la santidad de la Religion Cristiana, y cuando lo hubo concluido, mandó a los albañiles Cempoaleses quitasen de las paredes del templo aquellas horrosas manchas de sangre humana que se conservaban como trofeos de su inhumano culto, y que las puliesen, y blanqueasen. Después mandó construir un altar, al uso de los Cristianos, y colocó sobre él la imagen de Maria Santisima. Cometió al cuidado de cuatro sacerdotes Cempoaleses el nuevo santuario, encargandoles que estuviesen siempre aseados, y vestidos de blanco, en lugar del triste ropage negro de que usaban, por causa de su ministerio. A fin de que nunca faltasen luces delante de aquella sagrada imagen, les enseñó el uso de la cera que las abejas trabajaban en sus montañas, y para que en el tiempo de su ausencia no fuesen repuestos los idolos, ni profanado de ningun modo el santuario, dejó en él a uno de sus soldados, llamado Juan Torres, que por su avanzada edad era poco util en la guerra, y que hizo a Dios el sacrificio de permanecer entre aquellos infieles, para promover su culto. Las ocho doncellas, después de haber sido suficientemente instruidas, recibieron el santo bautismo, tomando el nombre de Doña Catalina, la sobrina del señor de Cempoala, y el de Doña Francisca, la hija de Cuejco, uno de los principales señores de aquella nacion.

De Cempoala volvió Cortés a la nueva colonia de la Vera Cruz, donde tubo el consuelo de reforzar su pequeño egercito con dos capitanes, y diez soldados que llegaron de Cuba, a los que se agregaron, de allí a poco, otros seis hombres, que fueron tomados por engaño de un buque de la Jamaica.

Cartas de Cortés y del egercito al rei Catolico.

Antes de emprender el viage a Megico, quiso Cortés dar cuenta a

su soberano de todo lo que hasta entonces le habia ocurrido, y a fin de que sus noticias fueran mejor recibidas, envió todo el oro que se habia reunido, cediendo su parte, por sugestion del mismo general, cada uno de los oficiales, y soldados de la espedicion. Cortés en aquella carta prevenia al rei contra las tentativas del gobernador de Cuba. Otras dos se le escribieron, una firmada por los magistrados de la nueva colonia, y otra por los principales oficiales de las tropas, y en ellas le rogaban que aprobase cuanto habian hecho, y que confirmase los cargos de capitan general, y de primer juez, conferidos por los votos de toda la armada a Cortés, a quien recomendaban con los mas magnificos elogios. Estas cartas, juntamente con el regalo de oro, fueron enviadas a España por los dos capitanes Alonso Hernandez de Portocarrero, y Francisco de Montejo, que se hicieron a la vela el 16 de Julio de 1519.

Accion famosa de Cortés.

Apenas habian salido aquellos procuradores, cuando Cortés, que siempre tenia ocupada la mente en altos designios, llevó a cabo una empresa, que por si sola bastaria a dar a conocer su magnanimidad, y a inmortalizar su nombre. Para quitar a sus soldados toda esperanza de volver a Cuba, y para reforzar su egercito con los marineros de la escuadra, después de haber castigado con el ultimo suplicio a dos de sus soldados, que maquinaban traicion y fuga en uno de los buques, y con otras menores penas corporales a tres de sus complices, indujo a fuerza de razones y ruegos a dos de sus confidentes, y a uno de los pilotos en quienes mas se fiaba, a barrenar en secreto uno o dos de los buques, y a persuadir a todos que se habian perdido por estar agugereados por la broma, manifestandole a él, de un modo público, que los otros no podian servir por la misma causa, lo que no debía parecer extraño, habiendo estado parados tres meses en el puerto. Valiose de este engaño para que no se conjurase contra él la gente, hallandose reducida a la necesidad de vencer o morir. Todo se hizo como la habia dispuesto, y con el consentimiento de todo el egercito, después de haber sacado de los vageles las velas, las cuerdas, la clavazon, y todo cuanto podia ser de alguna utilidad. "Asi fue, dice Robertson, como por un esfuerzo de magnanimidad, que no tiene egemplo en la historia, quinientos hombres convinieron voluntariamente en encerrarse en un pais enemigo, lleno de naciones poderosas, y desconocidas, cerrados todos los caminos a la fuga, y sin otro recurso que su valor y su perseverancia." Yo no dudo que la atrevida em-